decidir

Hace dos años y un par de meses descubrí que estaba embarazada. No era realmente un gran momento emocional y fue algo muy difícil, porque aunque una siempre decía que en caso tal decidiría por el aborto sin dudar, enfrentarse de hecho a la situación es un cuento completamente diferente, por diversas razones. Recuerdo el temor. Para el momento en que me enteré estaba terminando mis estudios universitarios, faltaba un par de semanas para graduarme. Así que no tenía trabajo, ni entradas de dinero constantes, ni seguro médico. Mi relación sentimental con mi compañero era compleja, realmente no me sentía muy querida por él, fue en muchos momentos una relación emocionalmente desgastante, de la que solo salí hace poco tiempo y de una manera muy brusca, con situaciones que aún no comprendo, que quizás jamás comprenda. Sin embargo, durante toda esa situación él me apoyó. En lo primero en lo que pensé al enterarme fue en mis papás, principalmente en cómo actuar sin que ellos se enteraran de lo que me estaba pasando. Crecí en una familia increíblemente católica, donde el aborto está mal, aunque estoy segura que en varias ocasiones a cualquiera también se le habrá ocurrido abortar, por las razones que fuera. No pensaba contarles para no desatar esa tormenta, como si en mi silencio no estuviera ya en una y porque no quería que nada obstaculizara mi decisión.

Pensé en el dinero. Se necesitaba dinero para todo. El dinero que me permitió continuar fue el que muy solidariamente mi amiga me ayudó a conseguir y también, mi compañero. La primera prueba que me hice fue de orina y acudí a una institución de orientación donde las hacen gratuitamente. Fue el día que me enteré. Desde que empezó la espera del tiempo de la prueba fue positivo. Después de rellenar unos formatos, salimos de allí y fuimos a caminar un poco, comimos un helado y nos acostamos en el pasto del parque a hablar. Qué íbamos a hacer. Para mí era muy claro, no había otra opción. Yo iba a abortar. Hablamos poco, creo que estábamos desconcertados. Nos separamos, fui a buscar a mi amiga y él de nuevo a la universidad. Estando con ella, hablamos sobre las posibilidades. Un aborto químico o un legrado. Desde el principio yo expresé mi deseo de que primero quería intentarlo con las pastillas y, en el peor de los casos, pasar a lo otro. Primero era necesario saber cuánto tiempo tenía, para lo que necesitaba examen de sangre (para confirmar el de orina) y una ecografía. Llamamos a la persona que yo conocía que tenía el contacto de dónde conseguir las pastillas, sin prescripción, ni tanto problema. Conseguimos el dinero.

Al otro día fui al examen de sangre, si era positivo te hacían la ecografía, costó $30.000. Qué momento tan extraño. Primero, positivo. En la ecografía me dijeron que tenía poco más de un mes. Al finalizar, la persona que hace la ecografía te dice “Vas a ser madre. ¿Felizmente?”. Es la forma, digamos sutil, de saber si la persona está buscando o no abortar. Porque sí, en Colombia es ilegal interrumpir un embarazo, a no ser que la vida de la mujer embarazada corra un grave riesgo, si es el resultado de

una violación o incesto o cuando el feto tiene malformaciones que ponen su vida en riesgo. Yo me quedé en silencio. Recogí las impresiones y me fui. Pero me devolví a preguntarle cuánto costaban las pastillas si yo deseaba usarlas. Me dijo que $180.000 y que ellos guiaban el procedimiento. Sentía miedo porque sabía que físicamente era un proceso difícil y si se complicaba no podía asistir al médico, pagar uno particular es caro y tampoco tenía mucho tiempo para recuperarme, en muy pocos días iba a ser mi grado y estaría con mi familia y se darían cuenta de mis malestares. Obviamente no compré las que me ofrecieron en ese lugar, sino las de la persona que tenía el contacto. Costaron $80.000. Se llaman Cytotec y el proceso fue guiado por una amiga que es enfermera.

Lo hicimos en la casa en la que vivía mi compañero. Yo había dicho en casa que tenía unas cosas pendientes por solucionar y que me iba a quedar en casa de una compañera para eso. Eso me daba dos días. Después de realizar el proceso con las pastillas me quedé acostada y como a las 2 o 3 horas inició un sangrado. Tenía muchos cólicos, pero me sentí un poco aliviada, creí que estaba funcionando. Los cólicos y el sangrado duraron hasta el día siguiente. No me pareció en ese momento tan fuerte, pues para mí la menstruación siempre ha sido algo terriblemente doloroso. Así que esa parte fue soportable. Los días siguientes apenas si tenía un leve flujo sanguinolento. Pero me seguía sintiendo insegura. Pasó como una semana y empecé a preocuparme más y a querer confirmar si había funcionado o no. Juntamos de nuevo dinero con mi compañero y fui a otra ecografía. Las pastillas no habían funcionado. Pensé en volver a intentarlo, pero iba a esperar una semana o más, pues estaba débil y ya en esa semana sería mi grado.

Un día antes de mi grado, salimos a enloquecernos un poco con mi compañero y un amigo, hubo un poco de tragos, drogas y rock and roll. El día de esa ceremonia, traté de estar un poco tranquila, como de asumir ese espacio sin pensar tanto en lo que me estaba pasando, de disfrutarlo. Mi cuerpo se sentía débil y creo que me deprimió bastante que mi compañero no apareció ese día, porque era alguien que sabía lo que me estaba pasando y quería que estuviera en medio de todo eso conmigo. Al día siguiente lo vi y me quedé en su casa, por fortuna. En un momento de la noche, mientras veíamos una película fui al baño. Sentía ganas de orinar y un poco de cólicos. Cuando me senté a orinar empecé a sentir cómo una masa grande empezaba a salir de mí. Fue doloroso e inesperado. En medio de mi miedo, envolví mi mano con papel higiénico y mientras me limpiaba, ayudé a que terminara de salir. Era del tamaño de un pájaro pequeño y se sentía pesado. Salí del baño muy mal, ver eso me impresionó bastante, mucha sangre, coágulos, no es la forma en la que debería ser para una. Mi cuerpo estaba totalmente débil, sentía frío y temblaba. Estábamos asustados. Tenía más miedo que antes porque sentía que me desvanecía, incluso pensamos que de seguir así tendríamos que buscar la forma de ir a un médico y eso planteaba el caso de tener que pensar qué decir específicamente, sin tener que decir que me había

practicado un aborto, uno totalmente voluntario, deseado. Tuve que aguantarme el dolor, los cólicos, la debilidad, la depresión que me generó este bajonazo, porque fue algo brusco y repentino, en casa de él, luego en mi casa los días que siguieron, con analgésicos comunes. Pasó un mes, más o menos, para que mi cuerpo empezara a sentirse mejor.

La ilegalidad nos niega la posibilidad de recibir la atención que nos merecemos para que nuestros cuerpos puedan superar estas situaciones, condena a muchas mujeres a practicarse legrados en "clínicas" clandestinas, sin condiciones que garanticen una atención digna. Eso sin mencionar el asunto de clase. Aunque sea ilegal, estoy segura de que muchas mujeres con dinero y que se practican abortos, no acuden a los lugares a los que yo evité ir (donde la atención tampoco es barata, $300.000 o $400.000), razón por la que escogí en primera instancia el uso de las pastillas. Pero a los que hubiera TENIDO que acudir (sí, así con mayúscula) porque no habría podido ser de otra forma. Porque aunque sea ilegal en este país, para mí es legítimo poder decidir sobre mi cuerpo, sobre mi vida. Porque ser madre también debe ser opcional, porque no creo que es la finalidad social de la mujer ni mi realización personal.

Al principio solo supieron de mi experiencia mi hermana, mi amiga y mi compañero. Con el tiempo me he ido abriendo más al respecto, siento que me he ido liberando -paulatinamente- de las presiones, del temor a los juicios, a asumir abiertamente mi posición frente a mi cuerpo, la maternidad, el amor. Es complejo, sí, es todo mitad ruptura, mitad iniciación, pero si no lo rompo, el paradigma, no lo puedo cambiar.

Me encantó esta convocatoria, porque nos unimos mujeres a pesar de las distancias.

Gracias a todas las compañeras que me han leído, un abrazo fraternal. Tenemos aún mucho por qué luchar.

Anónima Siete Fuentes
BOGOTA, COLOMBIA



Ilustración
Luciana Campilongo